

Saharauis

OPINIÓN

MARTES, 7 ENERO 1992

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Hace ya diez años que estuve con los saharauis durante tres semanas. Yo quería hacer una serie de crónicas sobre la realidad de la vida de estos hombres, mujeres y niños, tanto en los campos de refugiados sitos en territorio argelino, en Tinduf, como en la zona de territorio sahariano que controlaba el Frente Polisario. Me acompañaban en aquel viaje José Manuel Caballero Bonald, Fanny Rubio y Fernando Quiñones, que también iban a escribir sobre el tema.

Los primeros días vivimos en Tinduf, que es una población argelina situada cerca de la frontera con Marruecos y también cerca del desierto saharaui. La ciudad está construida en una gran meseta muy inhóspita y extremadamente calurosa. Los argelinos tienen allí importantes bases militares, dada la situación estratégica del territorio.

Las mujeres y niños saharauis, y

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,
escritor

también los viejos, están distribuidos en campamentos que tienen el nombre de la "wilaya" o provincia de la que proceden. Formando un semicírculo alrededor de Tinduf y a unos veinte kilómetros de esa ciudad, y separadas entre ellas unos treinta kilómetros, están las wilayas de El Aaiún, de Smara y Auserd. Cada wilaya está formada por barrios de "jaimas" o tiendas de campaña y el nombre de estos barrios corresponde a las "dairas" o municipios de las wilayas de su país de origen. El Hospital General está situado a una distancia equidistante de las tres wilayas. También tuve ocasión para visitar una cuarta wilaya o provincia, que está más alejada de Tinduf, llamada Dajla.

Para mí era difícil imaginar que en aquellas condiciones la gente fuese alegre. En las escuelas, los niños se las ingenian para aprender con escasísimo material, mérito que compartían con sus maestras. El edificio de las escuelas es de obra, igual que los hospitales provinciales. Los horarios se cumplen sin un fallo. Cada daira tiene su alcalde y su Consejo, que son los que distri-

buyen las cartillas de racionamiento y se ocupan de la administración.

Yo fui allí convencido de que ser español no era una buena tarjeta de presentación. Recordaba, quizás no con tal intensidad como ellos, el acuerdo tripartito que se firmó en Madrid, que puso el Sahara Occi-

EN LAS ESCUELAS

los niños

se las ingenian

para aprender

con escasísimo material

dental en manos de Marruecos y de Mauritania, que posteriormente cedería a los marroquíes su parte en el ignominioso expolio en el que no se contó con la que debió ser la primera voluntad: la de los saharauis.

Pude entrar y salir en escuelas y hospitales, y también en las jaimas en donde me invitaron. Por supuesto, allí todo el mundo habla, des-

pués del hasanía, el castellano, que se enseña en las escuelas como segunda lengua.

Ni un hombre joven o de media edad. ¿Dónde están? Fue una tontería preguntar eso. "¿Dónde van a estar? Mañana salimos y ya los irás viendo." Dormí mal, pensando que a veces me comporto como un crío. ¿Qué clase de guerra iba yo a ver?

Me separé de mis compañeros españoles, que tomaron otra ruta. Me gustaba ir hacia el sur, hacia Mauritania. Salimos por la noche, en vehículos todoterreno, dos de ellos artillados y los otros dos con una ametralladora delante y una pequeña rampa para cohetes tierra-tierra y tierra-aire.

Antes de salir me hicieron cambiar de ropa: "Oye, chico, ahora dormiremos a la intemperie y así te vas a helar. La noche es muy fría". Me puse el pantalón, la camisa y la cazadora que me prestaron y suerte tuve de su previsión. La temperatura baja de cuarenta y cinco grados durante el día a casi helar durante la noche. Estuvimos viajando bajo la luna y charlando bajito. ●